

de París, y el estampido de los cañones semeja una tempestad en las profundidades del cielo y un terremoto en la tierra; los tambores tocan á generala con fúnebre sonido y las campanas tañen á rebato; se carga el horizonte de humo y se abren por doquier como siniestros aereolitos las granadas; los revolucionarios cavan la tierra, arrancan las piedras, llenan las sacas, cargan los fusiles, se sostienen unos á otros y juran ir serenos á la muerte; las mujeres, esas eternas hermanas de la caridad, convertidas en furias por el calor moral de los ánimos, excitan con su palabra y con su ejemplo á la horrible matanza; y mientras se levantan, como por ensalmo, cordilleras de barricadas, los batallones de los altos exaltados barrios, que hierven como otros tantos volcanes, bajan á guarnecerlas y ampararlas, con sus músicas al frente y á la espalda sus ametralladoras, proponiéndose abrasar á París en el incendio de Numancia ó de Moscow, antes que entregarse al enemigo; horrores de la guerra civil que maldecirán eternamente de consuno la historia y la conciencia sin lograr desarraigarnos por completo de nuestra imperfecta naturaleza.

Lo verdaderamente horrible era ver los sitios donde se empeñara algún sangriento encuentro. Yo he visto la Muette en tiempos de paz, al término de Passy, en frente del bosque, entre el follaje; á la izquierda, la casa habitada por Rossini, á la derecha interminables alamedas; yo la he visto con sus verdes prados, sus seculares gigantes árboles, sus ramilletes y canastillos de gayas flores, sus blancas estatuas junto á las cuales se elevaban cristalinos surtidores, su magnificencia digna de competir con la magnificencia de Versalles; la he visto en paz, y luego, inmediatamente despues de ser á estos sucesos teatro indiferente, la he visto llevar sobre sí el rastro de todas las calamidades juntas, el rastro de huracanes, inundaciones, terremotos, tempestades; segun estaba, los árboles tronchados, las praderas desoladas, reforcidas las verjas,

encorvados los candelabros, el suelo cortado por los agujeros de las bombas ó interrumpido por montones de piedras, las casas acerbilladas y en ruinas; sobre todo, zapatos, uniformes, chacós, bayonetas, cadáveres, miembros destrozados, manchas negras de pólvora con manchas rojas de sangre; la ruina, la muerte, la desolacion, el caos, ó en una palabra, ¡ay! la guerra.

Pero continuemos la descripción de esta formidable batalla de ocho dias. Las primeras operaciones eran decisivas. La línea que Cluseret queria fortificar no se fortificó; y por consiguiente la abordó el ejército con extraordinaria facilidad. Posesionado del Trocadero, de la Escuela militar, y el manicomio de Blanche, su línea se extendia á las diez de la mañana del veintidos de Mayo desde la Avenida de la Emperatriz hasta más allá del rio. La division Brisat pasaba por el puente de Grenelle para comunicarse con otras divisiones de la orilla izquierda y las tropas al mando de Langourian limpiaban por completo de comuneros todo el campo de Marte. Hecho esto, corrieron, al socorro de Cisse que se encontraba detenido al frente de una barricada del boulevard Montrouge, inexpugnable á la verdad si no se la atacaba por el flanco. En el camino encontraron los soldados de Brisat resistencia insuperable en la célebre cartuchería de Rapp que fué tomada á fuerza de cañonazos ó inundacion de metralla. Mientras las tropas vencedoras se extendian por los Inválidos y por el Cuerpo Legislativo, saltaba un polvorin en la calle de Grenelle, que derruia casas, mataba personas, removia el suelo, cargaba de humo los aires y juntaba nuevos horrores al general y tremendo horror de aquellos dias sangrientos.

Lo decisivo, lo verdaderamente decisivo estaba en el ataque y en la toma de ese formidable Montmartre, Monte-Aventino del pueblo parisien, origen de las tempestades revolucionarias, en cuya cima comenzó el terrible alzamiento comunero, y con cuya

pérdida debía tambien concluirse. Montmartre, cerro yesoso, levantado al Norte, rico en fósiles, henchido hoy de trabajadores que aspiran á otra mejor posición ó de pobres gentes de las clases medias que han visto perderse su antiguo bienestar; célebre en la historia de la religion porque allí profesó Ignacio de Loyola, fundador de la órden jesuítica que debía dar su espíritu y su propio sentido á casi todas las congregaciones católicas; más célebre en la historia de la guerra porque desde los normandos recién desembarcados de sus barcas de cuero hasta los aliados del año cartorce y quince, todos cuantos sitiaron á París, se establecieron por sus cimas, lo mismo Othon que Enrique IV y Enrique V que Blucher; Montmartre, conjunto de molinos de viento, tabernas, comederos, cementerios, sombrías calles dignas de la Edad Media y espléndidas quintas sombreadas por verde follaje; Montmartre pasa hoy con razon á los ojos del mundo como la capital de los demagogos en Francia. Necesario era tomarla por su admirable posición estratégica; y más necesario aun por su indecible influencia moral.

Las colinas de Montmartre constituian con las colinas de Chaumont verdaderas ciudadelas, donde los comuneros, provistos de una artilleria de extraordinario alcance, puesto que tenian todos los cañones de la marina, se parapetaban á sus anchas y dominaban con incontrastable dominio gran parte de la ciudad, pudiendo llover sobre sus calles una verdadera lluvia de candente hierro. Los prusianos acampaban al Este de la posición y defendian por ende involuntariamente á los comuneros: Montmartre no tenia más defensa de flanco que las baterías de Saint-Ouen; y habian sido desmontadas para oponerlas al único ataque esperado, al ataque de frente, lo cual prueba cuan rudimentaria táctica oponian los pobres comuneros á la consumada táctica de los experimentados generales.

A las siete de la mañana del dia veintitres

ya el general Ladmiraault estaba apoderado del flanco de la colina, habiendo ocupado todas las salidas desde Neully á Saint-Ouen. Mientras tanto una division del general Clyschant salia á paso de carga por la calle histórica de Amsterdam donde las tropas se indisciplinaron y se disolvieron allá en la terrible jornada del diez y ocho de Marzo. No habia en este momento temor de caso análogo, restablecida la disciplina, enconados los ánimos de unos contra otros á consecuencia del homicida combate. Por el boulevard exterior seguian otras divisiones las calles que en la plaza Blanche desembocan. Donde las balas caian como granizo, donde los edificios se desgajaban bajo la metralla, era en la plaza de Clichy, hasta el punto que tal gasto de municiones consumió rápidamente las reservas de los comuneros y los espuso á un ataque sin posible defensa. Así los soldados ocuparon aquella plaza de Clichy, donde el ruido fuera estruendoso y las pérdidas escasas, sin verdadero esfuerzo.

Pero en la plaza Blanche el combate se empeñó con extraordinaria rudeza. Tres barricadas formidables, y extratégicamente erigidas, impedian todo acceso y le daban la imponente resistencia de verdadera fortaleza. Las tropas que la atacaban de frente por calles en cuesta, aunque pugnaban por subir, retrocedian barridas y dispersas, dejando el suelo sembrado de heridos y de muertos. Pero un refuerzo que vino de la plaza Clichy, costeano las casas del boulevard, se introdujo en las barricadas. Aquello fué horrible. Ya no combatian con los fusiles, echaban mano de las pistolas, y aun las pistolas les parecian poco, y usaban el arma blanca. Acometíanse cuerpo á cuerpo en trágico silencio, desgarrábanse con furia, caian los cuerpos de unos y otros juntos desde las alturas de las barricadas; juraba aquí un herido entre el estertor de la agonía, se desplomaba allá un muerto salpicándolo todo con su sangre; horror de los horrores. La victoria quedó por el ejército.

Los comuneros que se salvaron de aquella terrible carnicería, corrieron á las alturas por la calle de Lepic al tiempo mismo que llegaban los vencidos en la plaza de Clichy. Reunidos todos en la cima, se creían invencibles y aguardaban á las tropas que vencían la difícil ascension muy fatigadas, cuando en estas esperanzas se encuentran de súbito, inesperadamente, que la division del general Ladmiraull llega de refresco, despues de haber pasado por la parte exterior, y de haber recorrido las fortificaciones desde Levallois á Saint-Ouen. Atacados de improviso por el flanco, cuando sólo esperaban el ataque de frente, los comuneros se descomponen, se aterran, gritan como locos, huyen como ciervos, tiran sus armas cual si les quemaran las manos, y bajan desde las alturas al centro, como uno de esos torrentes de lava despedidos por el Vesubio, que hierven y humean, derribándolo todo y consumiéndolo todo en su desoladora carrera. A las seis de la tarde volvíanse contra la Comunidad las formidables baterías por la Comunidad levantadas, y el pabellon tricolor ondeaba sobre las alturas de Montmartre. La confianza de los insurrectos en esta posicion tenia tal fuerza y candor que cuatro dias despues aun lo esperaban todo de sus valientes defensores y de su invencible artillería, ignorando que su último refugio acababa de desvanecerse cual se desvanece el humo, tanto en las orgías como en las batallas.

Pero este no habia sido en el día terrible del martes, en el día veintitres de Mayo, el único punto de ataque. La guerra se generalizó por toda la ciudad. Cien combates habia empeñados en la inmensa capital convertida en una inmensa necrópolis, en siniestro campo de matanza. La Magdalena presenció horrible degüello, consecuencia de encuentros formidables que se prolongaban durante veinticuatro horas. La esplanada de los Inválidos fué teatro de una batalla que parecia cien veces acabada, y que despertaba cien veces con igual furor. El cañoneo, como un trueno sin ninguna interrupcion, resonaba por la direccion de Issy, de Bicetre, sirviéndole de acompañamiento las siniestras descargas cerradas que resonaban por todas partes. Montones de muertos cortaban el paso. Los tendia alguna alma caritativa en los portales y en las cocheras, les tapaba la cara con paja, les ponía las señas é indicaciones sabidas, y los dejaba para ver si habia quien les regase con sus lágrimas ó les diese piadosamente tierra y oraciones. A lo mejor parecían cadáveres los mismos combatientes. Desvelados por la preocupacion y el terror tras muchas noches de insomnio; escuálidos de hambre, rendidos de fatiga, agotadas sus fuerzas, ennegrecidos los rostros, ensangrentados los trajes, tendíanse sobre las piedras y desafiaban tristemente en rigidez, inercia, inmovilidad á los muertos. Triste, triste, triste, todo esto, como ninguna humana tragedia.

CAPITULO CX.

LA GUERRA DE LAS CALLES.

Los comuneros hacían ya la guerra que les cuadraba. Nada de generales que diesen órdenes; nada de obediencia ciega y pasiva en los soldados; nada de combinaciones tácticas y estratégicas: cada cual peleaba donde le parecia, se retiraba ó se adelantaba á su arbitrio, iba al encuentro de las tropas ó al monton de los fugitivos, tiraba desde una barricada todo el tiempo que le pedia su gusto ó que le dictaba su conciencia, se salvaba ó moría segun los caprichos de su voluntad ó los latidos de su corazón. Así los esfuerzos individuales y los individuales sacrificios tomaban sublime carácter de heroísmo; pero no conseguían ningun resultado positivo y tangible sobre el conjunto de la gigantesca batalla.

Los niños, los ancianos, las mujeres se lanzaban á las calles libres no ocupadas por las tropas, y erigían barricadas formidables con esa fiebre de actividad enorme que habia desarrollado la inminencia del peligro. Unos con azadones arrancaban piedras, otros las conducían en carretoncillos y espuelas, otros las apilaban, y todos tenían ardor tan

grande que no experimentaban las fatigas del trabajo. Cuando pasaba algun transeunte y veían en su porte decente imaginaria complicidad con el ejército, forzábalo á prestarles auxilios á cooperar en su obra. Cuantas señoras que salieron de sus casas para negocios indispensables al menaje, veíanse detenidas en medio de la calle y obligadas forzosamente á coger piedras con sus blancas manos y á llevar espuelas de tierra sobre sus delicados hombros, abrumadas de terror, de fatiga, de vergüenza.

Pero lo cierto es que habian erizado de barricadas todo el centro de París. Lo cierto es que lo habian vuelto inexpugnable. Un gobierno regular, contando con la fidelidad del ejército, daba pronto por terminada aquella guerra, puesto que podia combatir los improvisados reductos con su artillería. Mas la Comunidad estaba en posesion de un formidable material de guerra y lo repartía largamente entre sus adeptos. Muchas veces en medio de la mayor algazara llegaban tropeles de milicianos, niños, mujeres que arrastra-